

casas de alquiler y de locales comerciales y de recreo, algunos de los cuales perduran más o menos modificados.

Sin embargo, la calle Resa y la de la Estación, sobre todo la primera, han seguido conservando la pátina de lo que fueron, como los aristócratas arruinados que conservan el aire de la opulencia, de la distinción y de la caballerosidad y ahora, como pasa con todos los excesos, las calles más novecillas, imposibilitadas de contener la sobra de trajín por sus propias y nativas limitaciones, lo van revertiendo de nuevo a las calles viejas que de este modo ven restablecido el equilibrio de su estabilidad y pueden envanecerse de ver retornar a sus lares a los que se fueron deslumbrados por los espejismos de la novedad pueril.

Calles como la de la Marina, (ahora Ramón y Cajal, pero de punta a punta, sin divisiones intermedias, que fueron comerciales y opulentas, como la de San Francisco mismo, quedaron casi anuladas por las nuevas corrientes del tráfico, hasta que este ha revertido otra vez a ellas por no poder contenerse en las vías de creación más reciente y callejones tan céntricos como el del Galgo, con vecinos tan conocidos como Miguel Rebato, Pílez y Ojos de Rana, se han convertido en calles de las mejor situadas de la Villa y por cierto que está con un nombre de calle que arraigó durante tiempo sin que nadie sepa por donde y como se colocó.

La callejuela del otro lado de Pílez, la de la portada de la gran casona del Tuerto Peño, lamentablemente transformada, en la esquina de Lubián, también se ha convertido en calle céntrica después de infinitos intentos de todos los Alcaldes para librar a los paseantes de su repugnante y sucio aspecto.

Lo ocurrido con esta callejuela es también una buena lección porque hubo un alcalde, de tantas campanillas como Jaén, que puso todo su amor propio en el asunto y lo cerró y lo tapó de varias maneras sin conseguir nada y el cambio de la vida lo arregló todo divinamente, demostrando que no era el coraje y la fuerza lo que había que emplear para sanear y hermohear aquello, sino la iluminación, la limpieza y sobre todo el darles valor y utilidad a las casas que la limitan, o sea que era una razón económica que la vida sola ha hecho patente y ahí está el resultado del triunfo de la utilidad sobre el poder como razón de gobierno.

En parecido caso se encuentra la boca de lobo de la entrada de la calle del Horno, con todo lo de Candeales y el Cristo mismo cuyo aspecto es una demanda continua al buen juicio de las personas y una acusación permanente a su rijosidad. Vendrá el tiempo que todo lo arregle y nadie comprenderá la causa de tan intrincados pleitos ni de tan enconadas pasiones, a veces cómicas, que nada resuelven y todo lo paralizan.

La calle Resa, a pesar de su alcurnia y por la parcelación de los terrenos que rodean al Cristo, vió taponada su salida al campo por la tierra de la Ciriaca y en lugar de salir de frente, como sería natural, lo hace lateralmente hacia la puerta de Villajos y hacia la calle Tribaldos, teniendo tapada,